

Humboldt. Hamburgo, República Federal Alemana. Año 3, Núm. 9,
1962.

JUAN CARLOS ANDRADE HEYMANN / EL CARNET

A cada día voy leyendo de Juan Andrade. Los leo de un tirón, como se suele decir, pero desde las primeras líneas, se da sorpresa de que, en ocasión de los cortos años, en los límites de la formación, la virtud humilística pueril tiene tanta perspicacia para conducir la impaciente argumental que todo lector tiene, como un adverbio, frente al narrador.

A la segunda lectura, hecha ya con ánimo alerta, preparado o distinguido, por entre la intensidad del código ambiente de la narración se ve, lo que hubiera de literatura-verdad o de candoroso empeño primordialmente poético, en la sorpresa está en hallar tan escaso número de precipitaciones a la adjetiva simplicidad de los principios.

Una vez, a decir lo cierto, estar leyendo a un escritor de oficio aprendido, aunque, por algún ensayo, aparezca la pinta formal como un niño de que es indispensable volver a leerse los años. El niño es un educado, que anda por los quince años, de mirada inquisitiva, lecturas bien hechas, entusiasta solamente sujeto, con una disposición natural a la parca de fines y a la claridad espacial de la composición.

Siento que los trabajos de mi próximo viaje me impidan leer otras cosas de Andrade y decir de él, en conjunto y con el detenimiento necesario, lo que, sin concesiones al dogma, significa en la convalecencia crítica del Brasil.

Me vale ahora antes a veces más que la facilidad con que el joven autor se mueve por entre la perfección de un arte de las difícil manufactura como es la del cuento. Me recuerda a Pape de la Cudra, maestro del género. Y sé que Andrade no lo ha leído. Pero allí, en el joven, está ya la misma certeza introducida al estudio. La brevedad para llegar al centro del cuento, el buen humor de ajuste más, no desahucio de los gustos del estilo, la imagen viva y ágil, aquella corriente, en fin, misteriosamente generada, que corre sin obstáculos por su propio curso creativo.

Para de futuro magnífico la joven literatura —no juvenil— de Juan Andrade. En su admirable actualidad de coherencia, lo tiene ya en sus manos, por encima de las debilidades de un aprendizaje que, de buena cuenta, habrá de ser poseidamente adquirido, en un engranaje sin fin, de constante e insalvable insatisfacción.

Atenas Pareja B.

En aquel día insublimemente cálido y luminoso, de una claridad que daba y entorpecía, el espíritu como se vio sumergido pesadamente en un letargo espantoso. La sangre hervía a borbotones como agujas bajo la tostada piel de los moretones. Corría velozmente el agua de que por fin Francisco se había acercado hacia el dispensario médico del pueblo. Todos lo conocían: era el hombre más robusto y bien plantado de entre los habitantes del lugar. Con su sombrero finamente labrado, de paja quemada y tejida en apretada trama, sus pantalones arremangados en curiosa capucha, el mismo modelaba las polverosas bocanadas, manuscritas y fuertes de quien es trabajador y honrado y se brida las espaldas con la diaria tarea campesina.

Subió por la empolvada calleja y se detuvo dubitativamente ante la sucia y manoseada puerta de la casa de consulta pública del simpático doctor. Allí consumido por la duda, pero con una coherencia flotante en las comisuras de sus labios, cruzó el umbral. Entró y salió de aquel sitio y entró decidido a confiarse plenamente a

una persona tan respetada por los otros pobladores y por él mismo.

Ahora quedaban los potenciales muertos, el sol agobiador y el lento furor del río; los insectos trepaban sin cesar, acompañando en su canción a unos cuantos negros estudiantes que jugaban amontonados sobre desconocidas termitas polverosas, batiéndose apenas el suave rumor melancólico de molochas improvisadas, quincecos llenos de líquidos y perovosos balaces al compás de alientos perdidos en alcohol y en sangres rojas de sus curules pedras que se mueren. El vapor mojado de la desnudez y el calor hacían la percepción del espectador. Muchachitos andrajados lanzaban pedras contra los cueros y las hojas desmenuzadas de los techos de algunas casuchas; levantaban una ola amarillenta de tierra seca y agitaban los fétidos documentos cubiertos, cubiertos por el tiempo y el calor. Los rayos luminosos se controlaban y se escapaban fríos en resaca de victorias, cuando enfermos se pulverizaban a través del agua cadente de los pequeños diplosos cometas. Su refracción en lim-

2/23

El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..

Libros y documentos

AUTORÍA

Pareja y Diez Canseco, Alfredo, 1908-1993

FECHA DE PUBLICACIÓN

1962

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile